

MUSEO DE
LA INMIGRACIÓN

cristianos, judíos y musulmanes



MARTES A DOMINGOS DE 11 A 18 hs | ENTRADA GRATUITA

Av. Antártida Argentina (entre Dirección Nacional de Migraciones y Buquebus). Puerto Madero

UNTREF



DEL MEDITERRÁNEO ORIENTAL AL PLATA

La UNTREF ha tenido desde sus inicios una fuerte vocación por la temática de las migraciones: creamos el Instituto de Políticas para las Migraciones y Asilo y en 2013 el MUNTREF Museo de la Inmigración, merced a un acuerdo con la Dirección Nacional de Migraciones, en este antiguo y querido Hotel de Inmigrantes.

La muestra permanente *Para todos los hombres del mundo* y la temporaria *Italianos y españoles en Argentina* han sido el fruto de la tarea que como universidad nos hemos planteado: llevar a la sociedad los resultados de la investigación en formato museográfico actual y participativo. La publicación de *Cuadernos de MUNTREF* completa esta tarea.



Por tales motivos, estoy muy orgulloso, como rector de esta casa de estudios y descendiente de una de las familias que llegaron desde el Líbano, de abrir esta nueva muestra temporaria *Del Mediterráneo Oriental al Plata*.

Con ella queremos visibilizar a todos los grupos étnicos y religiosos bautizados aquí “turcos” – a pesar de no pertenecer a dicho grupo – que llegaron desde esas tierras, promoviendo el conocimiento del bagaje cultural de estos colectivos y mostrando en su integración el enorme aporte que los inmigrantes y sus descendientes, que integran el mosaico cultural que conforma a la Argentina, han dado y dan hoy a nuestra sociedad.

Una vez más debo agradecer la dedicación y el esfuerzo de quienes integran los equipos de investigación y de MUNTREF que posibilitan muestras que, como esta, resultan necesarias.

Aníbal Jozami
Rector UNTREF
Director general MUNTREF



El siglo XIX fue escenario de múltiples cambios —económicos, políticos, filosóficos y sociales— que configuraron el mundo tal como lo conocemos hoy. Estos procesos de modernización, que incluyeron la expansión del sistema capitalista a nivel global, alcanzaron regiones que antes habían llevado una existencia relativamente autónoma. El liberalismo y el imperialismo de las potencias europeas —Gran Bretaña, Francia, Alemania, centralmente— modificaron las relaciones sociales, políticas y económicas de grandes regiones, entre ellas, la del Mediterráneo Oriental. Esta región, dominada por el Imperio otomano, no permaneció al margen.

Las minorías ilustradas otomanas que intentaron llevar adelante la modernización chocaron con los intereses de las grandes potencias europeas que promovieron la separación de territorios o la ocupación de otros, con la consecuente desestabilización de la región y la exacerbación de los nacionalismos. Las minorías —principalmente judías y cristianas— que vivían bajo el dominio otomano vieron cómo sus condiciones de vida se deterioraban y sintieron sus vidas amenazadas: se produjeron hambrunas y matanzas que forzaron la salida masiva de aquellas tierras en las que estas identidades religiosas y culturales se habían conformado a lo largo de la historia.

Algunos tomaron el camino del Nuevo Mundo en busca de mejores condiciones de vida para ellos y sus familias. El MUNTREF Museo de la Inmigración presenta en esta muestra la emigración, la llegada, la inserción y el legado de aquellos que encontraron en la Argentina su lugar en el mundo.

Marcelo Huernos



EL IMPERIO OTOMANO

La llegada de los turcos a las costas del Mediterráneo, en el siglo VII, se produjo en oleadas a lo largo de varios siglos. Estas tribus de pastores nómadas que habitaban el Asia Central se fueron asentando en los territorios que constituían el Imperio romano de Oriente o Imperio bizantino y las regiones aledañas. Abandonaron el chamanismo y se convirtieron al islam al tiempo que fueron estableciendo principados locales que tuvieron un periodo de apogeo durante el reinado de Osman (1302-1324), quien propició alianzas con los nobles cristianos de la región y dio inicio a la dinastía que gobernó hasta el siglo XX.

Bajo su gobierno se estableció el “Pacto de Osman” que rigió las relaciones del gobierno central —musulmán— con las minorías religiosas pertenecientes a los “pueblos del libro”: judíos y cristianos, que gozaban de la protección de las autoridades. Debido a esa política con los pueblos sometidos a su autoridad, el imperio se caracterizó como una entidad “multiétnica”. A medida que iban conquistando territorios, organizaron de manera racional y pragmática la administración imperial, creando una estructura simple y centralizada que consiguió mejorar el sistema impositivo. Tuvieron una política de protección al campesinado, que facilitó la aceptación de una nueva dominación.

En 1453 Mehmet II conquistó la ciudad de Constantinopla, capital del Imperio bizantino, que pasó a llamarse Estambul y se utilizó a partir de entonces la expresión “Sublime Puerta” para



referirse al gobierno del sultán. Este reclamó para sí el título de Califa, máxima autoridad religiosa en el islam y de esa manera concentró el poder político y religioso en una sola persona.

La sociedad otomana estaba dividida en dos grandes grupos: los osmanlis, que ocupaban los puestos de la burocracia del estado, el ejército y el clero, y los re'ya, de quienes recibían los impuestos. Fuera del campo de acción del estado los individuos se organizaban de acuerdo a su religión. Estas comunidades religiosas, llamadas *millet*, eran las que regían la vida cotidiana de las personas.

Cada uno de los dirigentes de los *millet* —el gran rabino para los judíos, el patriarca ortodoxo para los cristianos ortodoxos, el catolicós para los armenios y el *seyhulislam* (jeque) para los musulmanes— eran los responsables ante la clase dominante del cumplimiento de los deberes y responsabilidades, de la seguridad y el pago de los impuestos, al mismo tiempo que se ocupaban de las funciones sociales y administrativas como los matrimonios, nacimientos, divorcios, muertes, sanidad, educación y justicia, a través de sus propias escuelas, hospitales, hacienda y tribunales. Este sistema se mantuvo con algunas modificaciones hasta la caída del imperio.

A partir del siglo XIX el imperio sufrió la presión de las potencias europeas, que por una parte apoyaban a los territorios que querían independizarse y, por otra, buscaban establecer vínculos económicos que les permitieran comprar



materias primas, vender sus productos manufacturados y direccionar inversiones en ferrocarriles, puertos y otras obras de infraestructura. Esta situación llegó a su punto álgido con el estallido de la Primera Guerra Mundial, cuando los otomanos se aliaron con Alemania y Austria-Hungría, lo que dejó como resultado la desaparición del imperio y el surgimiento de nuevos países bajo la figura del Mandato. El Acuerdo Sykes-Picot, de 1916, repartió la región: Siria y Líbano para Francia, Palestina y Jordania a Gran Bretaña, que además controlaba Irak. Por otra parte, la Declaración de Balfour promovía la creación de un Hogar Nacional Judío en Palestina.

Esto significó para toda la región quedar a expensas de los intereses de las potencias dominantes, que llevaron adelante una política colonial que incluyó el uso discrecional de la fuerza contra cualquier intento de rechazo por parte de los nativos.



¿CUÁLES FUERON LOS MÓVILES PARA LA EMIGRACIÓN DEL MEDITERRÁNEO ORIENTAL AL PLATA?

El territorio integrado por el Imperio otomano vivió durante el siglo XIX e inicios del XX una situación de tensión social dada por las políticas de turquización llevadas adelante por el gobierno central sobre las minorías. Pese a la sanción de una constitución de corte liberal (1876) que instauraba un parlamento electo integrado por musulmanes, cristianos y judíos, la situación de las minorías étnicas y religiosas siguió estando amenazada.



En el marco de estos cambios, que afectaron la dinámica interna de vastas regiones, se produjeron las primeras matanzas de cristianos armenios hacia finales del siglo XIX. Sobre este trasfondo se inicia la emigración de otros cristianos y judíos que empezaron a ser objeto de aumento de impuestos y de leva militar. A este contexto interno se suma la trama internacional: por la presión de las potencias europeas en expansión se generó una gran inestabilidad política y social en la región del Mediterráneo Oriental.

Durante el desarrollo de la Primera Guerra Mundial se volvieron a producir enormes matanzas, un verdadero genocidio sobre las minorías armenia, siriana y grecoipónica, que llevó a los sobrevivientes a salir del país.

La desaparición del Imperio otomano como consecuencia de la guerra no trajo aparejado un cambio sustancial. La creación de la república de Turquía no modificó el tratamiento hacia las minorías, que siguieron emigrando. La región de la Gran Siria fue dividida en nuevas entidades políticas que quedaron bajo el mandato de Francia y Gran Bretaña, lo que dio inicio a un período en el que se desató una lucha contra la ocupación europea. Esta política colonialista dejó una herencia de disputas no resueltas que en muchos casos terminaron en conflictos armados y que lamentablemente continúan hasta el presente. La política llevada adelante por Gran Bretaña y Francia durante el período del Mandato provocó el descontento de musulmanes y drusos, cuya emigración se incrementó.



¿POR QUÉ LA ARGENTINA COMO DESTINO PARA LA INMIGRACIÓN?

A fines del siglo XIX la República Argentina mostraba índices de crecimiento económico que la hacían muy atractiva para muchas personas que estaban en la búsqueda de una vida mejor. Si bien las elites locales habían pretendido poblar el país con una inmigración del norte de Europa, para ese entonces se habían resignado a recibir enormes contingentes de italianos y españoles.

Cuando empezaron a llegar grupos de judíos, cristianos, musulmanes y drusos del Imperio otomano y cristianos y judíos de Europa oriental, otra vez hubo voces de alarma en las elites dirigentes. Estas percibían a tales inmigrantes como peligrosos para la constitución de la “raza argentina”. La xenofobia y el racismo campearon tanto que el director de Migraciones expresó en la Memoria de 1899: “Estos inmigrantes pertenecen a las clases más bajas de su país. Carecen de flexibilidad y de la mayoría de las aptitudes sociales y físicas que les facilitarían su incorporación y su adaptación a una sociedad que difiere de la propia”.

La discriminación llegó al punto de negarles la posibilidad de utilizar los servicios del Hotel de Inmigrantes, haciendo una interpretación restrictiva del artículo 25 de la Constitución de 1853 que decía que el gobierno fomentaría la inmigración europea. Sin embargo, gracias al desarrollo de las cadenas migratorias, muchos de los recién llegados pudieron establecerse



e iniciarse en diversas ocupaciones, sobre todo en la venta ambulante, que para algunos fue el primer paso de un proceso en el que pasaron del comercio al menudeo a la industria o al comercio mayorista y la distribución de mercaderías. Otros, que ya traían una formación, se dedicaron al periodismo y otras actividades culturales, llevaron adelante una formación universitaria o se destacaron en ámbitos artísticos diversos.

La inmigración árabe

Hacia el último cuarto del siglo XIX, los árabes que vivían bajo el Imperio otomano, sobre todo las minorías judías y cristianas, empezaron a ver recortados algunos de los derechos de los que habían gozado por siglos. Nuevos impuestos, leva militar, educación en turco y los cambios en la agricultura, que con la mecanización de las tareas del campo transformaron a muchos aparceros en peones rurales, sumado al crecimiento demográfico verificado a lo largo del siglo XIX, alentaron la emigración de los jóvenes que partieron hacia las Américas en busca de un mejor porvenir. Hacia principios del siglo XX los musulmanes y drusos empezaron a emigrar en forma sostenida hasta representar aproximadamente el 43 % del total de los ingresados a nuestro país hacia el final de la primera década del siglo XX.

Desde los valiatos (provincias) de Beirut, Damasco, Alepo y Deir Ez-Zor se inició una corriente que tenía como destino final la Argentina. Esta se basó en la



activación de las cadenas migratorias que conectaban a los futuros migrantes con las posibilidades de trabajo, alojamiento y contención a partir de las redes familiares y de paisanaje que unían a los primeros arribados con sus lugares de origen, lo que contribuyó a configurar su distribución espacial. A principios del siglo XX las autoridades del Departamento de Inmigración confundían la prioridad que los inmigrantes daban a esas redes personales con una acción deliberada para escapar al control de los organismos burocráticos del Estado. Resaltaban que muchos de ellos evitaban utilizar los servicios del Hotel de Inmigrantes o que se les buscara un trabajo, así como el traslado al interior del país.

Dado que los migrantes habían vivido bajo el formato de los *millet* otomanos, que los organizaban según la religión, una vez llegados al nuevo destino tendieron a socializar dentro de esos grupos. Crearon instituciones que les aseguraban tanto las prácticas religiosas como la asistencia mutua, sin embargo hubo innumerables iniciativas que unían a los diferentes grupos dentro de estas. Muchas de las instituciones, como las sociedades sirio-libanesas —el Patronato Sirio Libanés, el Hospital Sirio Libanés e incluso el Banco Sirio Libanés—, contaron entre sus socios y las comisiones directivas tanto a judíos como cristianos, musulmanes, drusos y armenios.

Estos inmigrantes llegaron a nuestro país con pasaporte turco hasta 1918 y por esta razón se les aplicó ese apelativo, a pesar de pertenecer al grupo etnolingüístico árabe. En el censo de 1895 eran



apenas 876, pero en el de 1914 habían crecido hasta 64.369. El principal problema para poder determinar las llegadas está relacionado con la adjudicación de la nacionalidad: pueden aparecer como “turcos”, “otomanos” o “sirios”, incluso antes de que se establecieran los Mandatos.

La Primera Guerra Mundial detuvo las llegadas, pero a partir de 1919 los flujos vuelven a crecer hasta el final de la siguiente década, cuando la crisis mundial hace caer abruptamente las migraciones. En su mayoría eran varones jóvenes, razón por la cual muchos de ellos se casaron con mujeres argentinas o pertenecientes a otros grupos migratorios, aunque aquellos que lograron una posición económica holgada volvían a buscar esposa a su pueblo, otros hacían venir a la prometida, o se casaban con miembros de la familia extendida. Estas prácticas eran muy comunes en todos los grupos migratorios como una manera de poder recrear y mantener las costumbres premigratorias.

La inmigración armenia

La salida de los armenios desde el Imperio otomano se produjo sucesivamente tras las masacres que ocurrieron en 1894-1896; 1909-1910; durante la Primera Guerra Mundial —en lo que se conoce como el Genocidio Armenio— y luego de finalizado el conflicto bélico, en 1920.

En ese momento los sobrevivientes se establecieron en Siria, Líbano, Grecia y otros países de la región, aunque un número importante inició el camino



hacia las Américas, cuyo destino preferido, luego de los Estados Unidos, fue la Argentina. Debido a que el país en esos años no reconocía el estatus de refugiado, y a pesar de que muchos de ellos llegaron con el pasaporte Nansen, el estado los catalogó como inmigrantes, de acuerdo con lo prescripto por la Ley de Inmigración de 1876.

Dado que fueron expulsados por la fuerza de sus tierras ancestrales y asesinados, en la actualidad se aplica el concepto de diáspora a las comunidades asentadas en diferentes partes del globo.

En términos generales, este concepto es válido para quienes reivindican una identidad religiosa o nacional común, una organización política, religiosa o cultural que se manifiesta en la existencia de instituciones asociativas, y una vinculación con la madre patria y las comunidades establecidas en otros países.

Si bien la política migratoria argentina planteaba la inmigración espontánea, es decir que todos los que reunieran los requisitos de salud y buena conducta podían obtener el visado, hubo trabas a esa libre entrada. En los años veinte se impusieron requisitos que complicaban los trámites. Por otro lado, las instrucciones a los cónsules intentaron frenar la “inmigración exótica” que incluía a los armenios, así como a los árabes, judíos y personas provenientes del lejano oriente, pero que se hizo extensivo a antifascistas, socialistas, anarquistas y, más adelante, republicanos españoles.

Los armenios llegaron a la Argentina en tres grandes “oleadas”: la primera entre 1909-1914,



la segunda entre 1923-1938 y la tercera desde 1948 hasta 1960. La primera oleada es similar a la del resto de los grupos migrantes, con predominio de varones jóvenes solteros y con baja calificación laboral.

En la segunda, con mayoría de sobrevivientes del Genocidio, las mujeres y varones se reparten casi por mitades y aparecen niños y jóvenes, aunque los varones solteros siguen sobresaliendo. Aquí se puede constatar una inmigración familiar. En este periodo también aumenta la calificación laboral entre los varones.

Para el último periodo se mantiene la tendencia anterior en cuanto a proporción de mujeres y varones (entre casados y solteros). En esta oleada siguen llegando niños y jóvenes, lo que marca la continuación de la inmigración familiar, pero se observa un porcentaje notable de adultos mayores (15 %). La calificación laboral es alta para ambos sexos.

Una vez llegados a nuestro país se establecieron preferentemente en la Ciudad de Buenos Aires, el conurbano y las provincias de Santa Fe y Córdoba. Los barrios de mayor concentración en la capital fueron Palermo, sede de la mayoría de las instituciones de la colectividad, Nueva Pompeya, Vélez Sarsfield, Villa Soldati, Parque de los Patricios, Boedo y Flores sur. Aquellos que trabajaban en los frigoríficos y en la planta automotriz de Chevrolet, ubicados en Avellaneda, tendieron a alquilar habitaciones en los conventillos de La Boca y Barracas. Valentín Alsina y Vicente López fueron las



localidades más elegidas del conurbano. Numerosas personas se establecieron en Rosario y la ciudad de Córdoba.

La inmigración sefaradí

Los inmigrantes sefaradíes se organizaron en la Argentina, de acuerdo a su origen regional, en cuatro grupos: los marroquíes que hablaban la jaquetía o djudeo español; los ladinoparlantes oriundos de Turquía, Grecia y los Balcanes; los alepinos (de Alepo) y los damascenos (de Damasco), ambos hablantes del árabe.

Los primeros judíos marroquíes llegados a Buenos Aires hacia la década de 1860, desde Tetuán, Tánger, Ceuta y Arcila, se contaban entre los fundadores de la Congregación Israelita de la República Argentina junto a otros provenientes de Europa central. No obstante esto, ellos prefirieron congregarse para practicar la religión de acuerdo a las costumbres que traían desde sus lugares de origen y fundaron, en 1891, la Congregación Israelita Latina de Buenos Aires. En 1900 compraron un terreno en Avellaneda para tener su propio cementerio.

El arribo de los inmigrantes provenientes de las otras regiones llevó a la fundación de nuevas instituciones que gestionaron sus templos, escuelas y cementerios. Los provenientes de Damasco fundaron en 1913 Bene Emeth (Hijos de la Verdad) y en 1915 abrieron su cementerio en Lomas de Zamora. Por su parte, los oriundos de



Alepo fundaron el 23 de noviembre de 1923 la Asociación Israelita de Beneficencia Hesed Shel Emet Sefaradit, bajo la presidencia de Ezra Teubal, y desde 1930 administraron el cementerio de Ciudadela.

Esta asociatividad se repitió a lo largo y ancho de todo el país. En todos los puntos importantes del territorio donde hubiera inmigrantes de este origen se fundaron instituciones que gestionaron sus templos, escuelas, clubes y cementerios. Los encontramos en Rosario en la Asociación Israelita Sefaradí Etz Ajaim y la Asociación Israelita Sefaradí Schebet Ahim que se formó por la unión de varios grupos, mientras que en la ciudad de Santa Fe se fundó la Asociación Hebrea Sefaradí de Socorros Mutuos. En Tucumán, la Asociación Israelita de Beneficencia con sede social y Templo Ierushalaim. En Córdoba se conformó la Unión Israelita Sefaradí; en Mendoza, la Sociedad Israelita de Beneficencia; en Salta, la Sociedad Israelita salteña La Unión; en Corrientes, la Asociación Israelita; en Misiones, la Asociación Israelita de Socorros Mutuos Hijos de Sión; en Entre Ríos, la Asociación Argentina Sefaradí; en Chaco, la Asociación Israelita Latina Merced y Verdad; en Corrientes, la Asociación Israelita, y en San Juan, la Sociedad Israelita de Beneficencia.



UNA TIERRA PARA LA LIBERTAD DE CULTOS

La garantía a la libertad de culto, establecida en la Constitución de 1853, fue uno de los aspectos más apreciados por los inmigrantes del Mediterráneo Oriental al momento de elegir a la Argentina como destino migratorio.

El Imperio otomano había impuesto la división religiosa reuniendo a las minorías judías y cristianas en los *millets*. Esta formación se trasladó a la Argentina para convertirse en el primer rasgo identitario que llevó a los inmigrantes procedentes del Mediterráneo Oriental a agruparse. A esto se sumó la cuestión regional y lingüística, dimensiones que, entrecruzadas, atravesaron la cuestión religiosa. También los musulmanes y drusos se congregaron de acuerdo a sus creencias y fundaron sus propias instituciones.

Las primeras instituciones combinaron, en muchos casos, las funciones religiosas junto con las de beneficencia y mutualidad, ya que lo más importante era mantener la cohesión de estos grupos religiosos en un país donde la Iglesia católica apostólica romana constituía la única religión sostenida por el Estado nacional.

En los primeros momentos se reunieron en casas particulares o locales alquilados para practicar su culto, pero siempre con el objetivo primordial de construir un templo. En unas pocas décadas todos ellos pudieron concretar ese anhelo y dejaron no solo para sus descendientes un lugar de culto, sino



también un importante patrimonio arquitectónico que enriquece el capital cultural de todos los argentinos.

Los judíos

La religión judía, considerada la primera monoteísta, nace con Abraham, elegido por Dios para abandonar la ciudad de Ur en la Mesopotamia y establecerse con su pueblo en Canaán, la Tierra Prometida. Abraham es considerado como el padre espiritual de todos los creyentes por los cristianos y es para los musulmanes un profeta en la cadena de la revelación. Su nieto Jacob tuvo doce hijos que fundaron las doce tribus de Israel. La tradición oral fue fijada en los libros sagrados de la Torá y el Tanaj y la interpretación de los libros sagrados fue recogida en la Mishná, que fue la base del Talmud que sigue desarrollándose hasta el día de hoy.

Las comunidades judías del Mediterráneo surgieron a raíz de las migraciones durante el periodo romano y la diáspora iniciada en el año 70, después de la destrucción del Segundo Templo de Jerusalén. Durante los siguientes siglos esas comunidades dispersas se desarrollaron en cada región adoptando elementos culturales nuevos que las fueron diferenciando. En el Mediterráneo Oriental, los judíos que habían vivido en el Imperio bizantino (“romaniotas”) y los que estuvieron bajo el dominio árabe (“mustarabin”) convivieron bajo el Imperio otomano. En 1492 los judíos de la península ibérica fueron expulsados por los Reyes Católicos y se establecieron en distintas zonas de

Europa, África y en los territorios del Imperio otomano. Conocidos como sefaradíes por provenir de Sefarad, como llamaban a España, tenían su propia lengua, el djudezmo o ladino —un castellano medieval con algunas contaminaciones del hebreo y otras lenguas peninsulares—, y una rica tradición cultural e intelectual. El sistema otomano de los *milletts* les permitió vivir en un clima de tolerancia que comenzó a sufrir modificaciones en el siglo XIX. Los problemas que enfrentó el Imperio otomano a lo largo del siglo XIX provocaron enormes dificultades a las minorías judías y cristianas, que vieron en la emigración al nuevo mundo la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida.

Los cristianos

El cristianismo nace en Judea, un territorio anexado al Imperio romano, desde donde se expandió por todo el Imperio como una religión perseguida. En 313, Constantino promulga el Edicto de Milán por el cual se tolera su práctica, y en 380 el emperador Teodosio la convierte en religión de estado. Para establecer la doctrina cristiana se reunían concilios en los que los obispos debatían cuestiones de teología. En muchos casos la no aceptación de las resoluciones conciliares llevó a la separación, o cisma, de algunas iglesias. El Concilio de Calcedonia, en 451, produjo el alejamiento de la Iglesia siriana ortodoxa, que mantuvo el arameo como lengua litúrgica, la Iglesia apostólica armenia, que utiliza el armenio clásico en la liturgia, y la Iglesia ortodoxa copta. Los que se



mantuvieron fieles al Concilio de Calcedonia y continuaron el rito en griego fueron conocidos como melkitas.

Hacia fines del siglo IV el monje Marón se retiró a los montes Tauro y fundó un monasterio. Su discípulo Abraham de Ciro se dirigió al Monte Líbano e inició su predicación fundando una comunidad que resistió durante varios siglos persecuciones e invasiones. En el siglo XI, el patriarca maronita de Antioquía fue reconocido por el papa Inocencio II. Hoy se los conoce como maronitas. En 1054 se produce el Gran Cisma, que lleva a que las iglesias de oriente no reconozcan la autoridad del Papa de Roma. Estas iglesias, ahora llamadas ortodoxas, se declaran autocéfalas y reconocen entre sí una comunión doctrinal y sacramental. Las iglesias ortodoxas de Antioquía, de Constantinopla, de Jerusalén, de Alejandría y Siriana de Antioquía, entre otras, tuvieron garantizada su práctica bajo el dominio otomano bajo la forma de los *millet*s.

Existieron intentos de unión entre las iglesias orientales y la romana. En el siglo XVII se produjo la unión de una parte de la Iglesia apostólica armenia con la Iglesia católica apostólica romana, que pasó a denominarse armenia-católica. En el siglo XIX un grupo de intelectuales armenios inició una escuela para el estudio de la Biblia. Debido a los cuestionamientos a la doctrina, fueron excomulgados y fundaron la Iglesia evangélica armenia en 1846.



El islam

El islam es una religión monoteísta del tronco abrahámico, como el judaísmo y el cristianismo. Según su creencia, el Corán, su libro sagrado, fue dictado a Muhammad por Allah (Dios) a través de Yibril (el arcángel Gabriel). También son consideradas sagradas la Torah hebrea (Pentateuco para los cristianos) y la prédica de Jesús. En el 622 Muhammad, que había iniciado su predicación en La Meca, tuvo que huir a Medina. Este acontecimiento, conocido como la Hégira, marca el inicio de la era islámica. Desde esta ciudad inició la conversión de las distintas tribus árabes, tarea que continuaron los califas Abu Bakr y Omar (sucesores de Muhammad que ejercen la suprema potestad civil y religiosa sobre la Umma o comunidad de todos los creyentes). Luego de la muerte del tercer califa, Uthman, el califato fue ofrecido a Ali ibn Abu Talib, casado con Fátima, hija del Profeta, y padre de Hasan y Hussein, nietos del Profeta. Ali no aceptó de inmediato, sino luego de una muestra de unidad y respaldo de toda la comunidad. A la muerte de Ali ibn Abu Talib, se produce la separación entre quienes preferían que la familia del Profeta retuviera el califato —llamados chiitas— y quienes proponían volver al estilo y forma de vida de los primeros años del califato —llamados sunitas—.

Durante el siglo que siguió a la muerte del Profeta, el islam se expandió rápidamente por el norte de África y llegó a ocupar España y el sur de Francia, Irán, la parte meridional de Asia Central y el oeste del subcontinente indio.



A lo largo de su historia el islam ha tenido distintas escuelas de interpretación, cada una centrada en diferentes aspectos de la religión; algunas más vinculadas al misticismo, como el sufismo (Tasawwuf), y otras relacionadas con cuestiones de interpretación doctrinal, como la alawita.

Los drusos

Los drusos son un grupo religioso que surge dentro del islam chiita ismaelita. Se originaron en Egipto, pero crearon comunidades en Líbano, Siria, Jordania, Palestina e Israel. Son monoteístas y se rigen por principios como la honestidad ante todo y en cualquier circunstancia, no robar, no matar, no tomar alcohol, no fumar, no cometer adulterio, la solidaridad con la hermandad drusa y evitar a los no creyentes. Prevalece la creencia en la unicidad de Dios, la aceptación de sus actos y la sumisión a su voluntad.



EL DESAFÍO DE LA INTEGRACIÓN AL NUEVO PAÍS Y LA NECESIDAD DE PRESERVAR LAS RAÍCES CULTURALES

La adaptación al nuevo lugar, así como la posibilidad de preservar las raíces empujó a los inmigrantes a agruparse. En sus lugares de origen habían vivido organizados según la identidad religiosa, aquí se reunieron del mismo modo. Fundaron templos para poder practicar su religión pero también desarrollaron otro tipo de asociaciones que trascendieron ese marco para presentarse a todas las parcialidades de forma unificada atendiendo a demandas urgente por satisfacer: la asistencia, la sociabilidad, la contención. La fundación del Hospital Sirio Libanés o la creación del Patronato, por ejemplo, convocaron a todos sin distinciones sociales o religiosas. La creación del Banco Sirio Libanés también congregó sin distinciones destinando además fondos para actividades benéficas.



LA INSERCIÓN EN EL MUNDO DEL TRABAJO

Todos los grupos étnicos y religiosos que provenían del Levante y Marruecos llegaron masivamente a la Argentina entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

Estos inmigrantes, en su mayoría, insertos en cadenas migratorias iniciadas por parientes o paisanos solían recibir de ellos un primer trabajo —con frecuencia la venta ambulante— y alojamiento. La fotografía o el lustre de zapatos, se presentaron también como una primera salida laboral. Entre tanto, la inserción en la construcción del ferrocarril o en la agricultura abrió otras oportunidades de trabajo en distintas regiones.

El idioma se constituyó en un límite a superar para alcanzar una inserción eficaz a excepción de los judíos sefaradíes que hablaban la jaquetia o el ladino, lengua cercana al castellano.

Estas primeras actividades permitieron a un gran número de inmigrantes reunir un capital para abrir un almacén de ramos generales o una tienda de artículos textiles y hasta convertirse en grandes distribuidores. Otros pudieron dar un paso más importante y convertirse en industriales del rubro textil como fue el caso de los hermanos Teubal, judeoarabes de Alepo, la familia Annan, provenientes de la región de Hama, que logró desarrollar un polo textil en la ciudad de Pergamino o la casa Hetesia de los hermanos Sarafian, armenios originarios de Urfa. Quienes llegaron con mayor formación se dedicaron al periodismo así



como a otras actividades ligadas al desarrollo académico y cultural en distintos campos.

En la provincia de Mendoza, la familia Dumit fundó en 1905 la empresa Antonio Dumit Hermanos, que se dedicó a la vitivinicultura, a la fabricación de aceite de oliva y al envasado de la fruta seca. También incursionaron en la venta de tierras y fueron los primeros en llevar máquinas perforadoras a la provincia.

Felipe Yaryura, nacido en el Líbano en 1899, llegó a la Argentina con su familia en 1905. Después de haberse dedicado al comercio en la provincia de San Luis, fundó una empresa textil en la localidad de Caseros (provincia de Buenos Aires).

Antonio Abda llegó en 1900 y se instaló en Pergamino para dedicarse al rubro textil. En 1948 se funda la empresa Jurich y Abda Hnos., que en la década de 1960 se instala en Wheelwright (provincia de Santa Fe). Está posicionada como una de las principales fabricantes de ropa nacional.

José Chediack llegó a la Argentina en 1928 y se radicó en San Luis, donde se dedicó al comercio y luego a la minería. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial funda la Empresa Constructora Chediack, que tendrá una proyección nacional llevando adelante obras de gran envergadura.



LEGADO

La inmigración del Mediterráneo Oriental aportó un enorme bagaje cultural, religioso y gastronómico que enriqueció a la Argentina. Estos contingentes trajeron entre sus miembros a personas que se habían formado intelectualmente en sus regiones de origen y que, a su llegada, impulsaron iniciativas editoriales y periodísticas que no solo estaban dirigidas a la misma colectividad sino que se proyectaban a la sociedad de recepción. Llegaron a producirse hasta veinte periódicos diferentes nacidos en el seno de estas colectividades a lo largo de todo el país.

El emir Amin Arslan, Moises Azize, los hermanos Samuel y Jacobo Levy, Sarkís Der Sarkissian o David Elnecavé son apenas una pequeña muestra de esto. Pero donde se vuelve más fuerte el aporte es en las siguientes generaciones.

Muchas familias pusieron el mismo empeño con el que se plantearon mejorar sus condiciones de vida tanto en el comercio como en la producción, para que sus hijos tuvieran acceso a la educación secundaria y universitaria.

Así encontramos innumerables ejemplos de personalidades destacadas en los ámbitos académicos, en las ciencias sociales, las ciencias exactas y las ciencias médicas, sin descuidar el enorme aporte en los ámbitos de la literatura, la música, las artes plásticas, el cine y la fotografía.



La riqueza y creatividad de los argentinos sería imposible de imaginar sin el aporte de todas estas personas que lograron desarrollar su ingenio para el goce y la reflexión nuestra y de toda la humanidad.



El mediterráneo y las diversidades argentinas árabes, armenias y sefardíes: orígenes convergentes y contribuciones compartidas (1860-1950)

Hamurabi Noufour

Visitar la historia de la migración de cualquier grupo humano a la Argentina es visitar la historia de esta nación. En nuestro país, quién más quién menos, pertenece a alguna tradición no argentina, porque o bien se es inmigrante o descendiente, o bien se procede de alguna anterior a la existencia de la Argentina.

Por eso, aun cuando se nos haya educado al contrario, la identidad histórica y cultural de sociedades como la argentina, no puede reducirse a una única tradición, “etnia” o religión. A sociedad de un solo “abuelo”. Hoy más que antes, comenzamos a aceptar que además del “abuelo” blanco y europeo, siempre tuvimos al menos uno “indio”, uno “africano” y otro al que aún cuesta reconocer como tal, por llamarlo “turco”.

Y es que a nadie le agrada tener en la familia alguien sobre el que desde el siglo XVI en América “los que saben dicen” que es moralmente inferior al indio, físicamente menos útil que el africano esclavizado, que bloqueó el acceso a Tierra Santa y a las Indias Orientales, convirtiendo su “lado del Mediterráneo” en “la” amenaza a la “Cristiandad” (“latina”) y en enemigo de la “Hispanidad” (castellana) y la “Civilización”(“grecolatina”) y cuyos correligionarios “costó ocho siglos siglos expulsar de España”.

Lo que sí bloqueó este cuento en blanco y negro fue nuestra mirada para distinguir y diferenciar si pertenecían -o no- al Imperio Otomano. Solo por venir de ese imaginario “lado infiel y hostil” del Mediterráneo, del siglo XIX al XX, terminamos llamando “turcos” a árabes, judíos sefaradíes, armenios, cristianos ortodoxos antioqueños, cristianos sirianos precalcedónicos, católicos maronitas, melquitas greco-católicos, musulmanes, sunies, ya’afaritas o nusairíes, drusos, marroquíes, sirios, libaneses, laicos, ateos, masones, etc. de Tanger-Tetúan-Alhucemas, Beirut, Biblos, Sidón, Trípoli, Tartus, Latakia, Suwayda, Damasco, Hama, Homs, Alepo, Estambul, Adana, Mardín, Rodas, Esmirna y de cuanto pueblo o aldea siria o libanesa existiera. En los que es tan difícil encontrar una familia que no haya tenido algún emigrado a la



Argentina como una en la que no se tome mate.

A su connotación negativa, al ocultamiento de su carácter de identidades bíblicas y de culturas en las que se inventó el alfabeto, la escritura y los conocimientos que hicieron posible el Renacimiento y la Modernidad, el sobrenombre agregaba -para la mayoría- la humillación de asignar la identidad del colonizador al colonizado, del opresor al oprimido e incluso del estado genocida a sus víctimas, como en el caso armenio. Cuyo rechazo a ser así nombrados tuvo el éxito, que en el caso de las otras identidades no pues, soslayado como unilateral “problema de turcos” por la percepción popular, los diccionarios del siglo XXI legitimaron esa aplicación del apodo “turco”.

Este mote, y el relato que le da ese sentido, no le permitió “ver” ni a las autoridades nacionales ni a la prensa que eran campesinos, empresarios urbanos, escritores, artistas, artesanos y albañiles que se reinventaron como comerciantes ante la endémica falta de acceso a tierras cultivables que, hacia 1905, motivó el retorno de la mitad de la totalidad de los inmigrantes ultramarinos; ni que la venta ambulante, era solo una fase en el camino hacia el almacén de ramos generales o a la tienda, el bazar, la joyería e incluso la industria.

Creyeron sin más que esta inmigración era “racialmente proclive a actividades parasitarias perjudiciales para el país”, lo cual promovió en la opinión pública una imagen en la que comerciante, “turco”, mercachifle y oportunista llegaron a ser sinónimos. Estereotipo que generalizó la literatura, el teatro y el cine, desde los sainetes de A. Discépolo y A. Vacarezza hasta los films de Lucas Demare y L. Torres Ríos.

Esta inserción laboral dio lugar a la formación de redes de compraventa y distribución compuestas por establecimientos y vendedores ambulantes a propio riesgo que, al cabo del tiempo, se instalaban en algún punto del recorrido con su propio comercio. Luego, mediante la “cadena de llamada” a parientes o conocidos de la región de origen, replicaba una nueva red para cubrir diferentes zonas y cada vez más distantes del punto inicial, sin perder contacto con la red anterior de establecimientos. En 1948 los datos oficiales habían registrado 300 fábricas y 18.000 comercios propiedad de “siriolibaneses”.

Esto produjo un avance y asentamiento sostenidos de la mayoría de estos grupos en las provincias de establecimientos multi-rubro (almacén de ramos generales) desde el Atlántico



hacia las serranías andinas, las selvas mesopotámicas y los valles e islas de la Patagonia. Todos compartieron esa tendencia a generar polos comerciales en rubros afines que revitalizó calles y barrios enteros de las grandes ciudades. En el caso de la Capital Federal hacía el oeste (Reconquista, Libertad, Once, Flores, Floresta, Liniers), hacia el sur (franja bordeada por Chacabuco y Solís que a partir de Plaza Constitución se extiende como tridente hasta Barracas, Avellaneda y San Cristóbal) y hacia el norte siguiendo la ribera del Maldonado (Palermo y Villa Crespo menguando hacia Villa del Parque y Devoto).

Creatividad empresarial que fuera el grupo migratorio ultramarino que mejor se distribuyó en el territorio nacional, con la menor tasa de retorno al país de origen y la de mayor arraigo provincial, cuyas prácticas comerciales significaron un incremento exponencial del consumo basado en el microcrédito personalizado (libreta de fiado). De este modo, se aceleró la circulación del dinero y la redistribución de los recursos al interconectar a la población citadina y rural con mercaderías e insumos restringidos a las elites urbanas y terratenientes, dado el déficit vial y demográfico que sufría el país. Contribución a su gobernabilidad que será reconocida durante la presidencia de Agustín P. Justo por haber señalado “con su paso más de cien estaciones ferroviarias” en la provincia de Buenos Aires.

Fueron redes que se complementaron con otras de instituciones sociales, asistenciales, religiosas, deportivas y culturales, a costo cero para el erario público como el de todos los grupos migratorios, y cuya diplomacia pública no solo las convirtió en un legítimo medio de interlocución con los poderes públicos sino que incrementó las Relaciones Exteriores del país con las patrias de origen.

Similar dificultad para convertir el dato en conocimiento sufrieron los “análisis académicos” que atribuyeron la supuesta ausencia en tareas agrícolas de los “turcos” y su dedicación a la venta ambulante a su “bajo nivel de instrucción” citando el dato del Censo Nacional de 1914 que indicaba que el 69,5 % de los “otomanos” eran “analfabetos”. Dato que, antes que eso, indicaba que el 30,5 % estaban al menos doblemente alfabetizados, pues comprendían el alfabeto latino además del árabe, hebreo, armenio, siríaco, etc. ilustrando a su vez, el mono alfabetismo de la forma de medición local.



Estas lecturas, hasta el siglo XXI, no pudieron interpretarlos por fuera de la etiqueta de “grupos exóticos” que imponía el mote y su relato. Así, se omitía lo que estos inmigrantes nos decían en sus 30 periódicos y publicaciones editados en el país en idioma árabe, armenio, arameo e incluso en el castellano que los sefardíes conservaban de su pasado español. Se dejó de lado, sin explicación, que algunas de estas publicaciones precedieran a la fundación de instituciones comunitarias, o funcionaran como disparadores de movimientos intelectuales, llegando a contar entre sus plumas las de Lugones y Borges hasta las de Alfonsina Storni y Victoria Ocampo. Lo cual explica que publicaciones en los idiomas de origen, luego bilingües y finalmente en castellano, editoriales temáticas, junto con los veintisiete colegios de enseñanza bilingüe primaria y media fundados y sostenidos en menos de un siglo por las respectivas redes de organización comunitaria, fueran asumidos en sintonía con el mote y su relato, como indicadores de “segregación y resistencia a la integración”. Más que interpretación, frontera cultural imaginaria que aún hoy, pone en duda la pertenencia nacional de los argentinos y americanos que se reconozcan en alguna de esas identidades. También pasó inadvertida la solidaridad intercultural e interreligiosa de la que nos hablan los avisos comerciales de las familias judías y sefardíes en el Diario Sirio Libanés, la participación de algunos de sus miembros, incluso de armenios, como integrantes del directorio, accionistas, socios y clientes del Banco Sirio Libanés, de la Cámara de Comercio Sirio-libanesa o de las Comisiones Directivas de clubes y asociaciones siriolibanesas, tanto como el préstamo del Banco Sirio Libanés para la construcción de la Catedral Armenia San Gregorio el Iluminador, centro de la vida comunitaria armenia en Buenos Aires; y que otro armenio, fuera el último director-editor de Al Watan, último de los periódicos bilingües árabe-español.

Ello indica que si bien son grupos humanos cuyas identidades se caracterizan por una diversidad lingüística y confesional que les es propia y distintiva, comparten una misma continuidad cultural espiritual, erudita, comercial, estética y culinaria que las atraviesa, de modo diverso, entrelazándolas a punto tal que únicamente mutilando algo de ellas, pueden ser descriptas sin referirnos a las otras.

Que un sirio cristiano ortodoxo fuera líder en la fabricación nacional de prendas de algodón para el trabajo, que varios



armenios revolucionaran en el país la fabricación e importación de alfombras, que dos judíos sefaradíes fundaran la primera fábrica y distribuidora de azulejos argentinos y que los nombres de esos productos sean palabras españolas originadas en uno de los idiomas del mosaico de identidades que nos ocupa, más que casualidad es continuidad cultural mediterránea.

Continuidad indicadora de que España hablaba uno de los idiomas de este mismo mosaico de identidades mediterráneas a través del cual conoció esos tres productos. Mosaico que acabó originando la cultura española que llega hasta América, pero cuya pertenencia a la familia no podemos asumir por haberlo nombrado de forma equivocada, o mejor dicho según lo impuso aquel proyecto político de 1492 que para negar su pasado comenzó expulsando judíos sefardíes.

Pero como el pasado no le pide permiso al presente para existir porque la Historia es continuidad y conectividad, y si “volver a visitar” es el sentido griego de la palabra “reflexionar”, hacerlo con la historia de estos inmigrantes, liberados de apodos equivocados, siempre nos brinda una nueva oportunidad para reencontrarnos con el retrato de familia que todos nos merecemos. Aquel en el que estamos todos los argentinos, pues la Historia no es solo lo que pasa sino como llamamos a lo que pasa.



Los armenios

Nélida Boulgourdjian

Los armenios conforman en la Argentina una comunidad ya más que centenaria, pues su origen se remonta a la primera década del siglo XX a partir de la llegada de los primeros inmigrantes. No obstante, el flujo mayor estuvo representado por los sobrevivientes del Genocidio de 1915 provenientes del Imperio otomano, actual República de Turquía. La firma del Tratado de Lausana en 1923, que no dio solución a la situación de los sobrevivientes, marcó su emigración definitiva. A diferencia de los que emigraron hacia el Medio Oriente para salvar sus vidas (Siria, Líbano) y Europa (Grecia), con la esperanza de regresar a su lugar de origen cuando la situación mejorara, los armenios que eligieron la Argentina lo hicieron con la intención de alejarse definitivamente de esa historia traumática.

Se pueden distinguir tres oleadas migratorias: la primera, de 1909 a 1914, representada por los que huyeron de la revolución de los Jóvenes Turcos de 1908 y de las masacres de Adana de 1909, pero también por aquellos que vinieron para probar suerte. En cambio, la segunda, de 1923 a 1930, se debió básicamente a las persecuciones políticas y al Genocidio de 1915 concretamente. Finalmente una última oleada, de 1948 a 1960, estuvo integrada por los provenientes de países comunistas del Este (Rumania y Hungría) y de Turquía cuando se aplicó el elevado impuesto a la riqueza (*varlik*), tanto a armenios como a griegos. La oleada con mayor saldo migratorio fue la segunda, que representó el 45 % del total de los armenios llegados a la Argentina.

Si bien inicialmente la Argentina recibió con desconfianza la llegada de pueblos percibidos como “exóticos”, entre ellos los armenios, dada la preferencia de agricultores y obreros calificados del norte y este europeo más que de las regiones “atrasadas” del Mediterráneo, con el tiempo ellos se integraron a la vida económica y cultural del país receptor y se mostraron agradecidos por la posibilidad de vivir en paz, sin ser perseguidos por sus ideas políticas y/o religiosas.

El carácter definitivo de esta inmigración alentó conductas sociales singulares para promover su antigua cohesión. En las primeras décadas las asociaciones comunitarias se convirtieron en espacios intermedios entre el Estado argentino



y el colectivo armenio con la finalidad de mantener su identidad. Ellas cumplieron así el rol de articulación de intereses y de necesidades, y más sustancialmente se transformaron, con eficacia variable, en verdaderas agrupaciones de interés frente a los poderes públicos. Con el paso de los años, estas asociaciones (religiosas, culturales, políticas, corales, de baile, etc.) se afianzaron como espacios de sociabilidad donde la fe, la cultura y las tradiciones, y sobre todo la memoria del hecho traumático que dio origen a la emigración definitiva, se transmiten a las nuevas generaciones.

Tempranamente los armenios intercambiaron experiencias con sefardíes y árabes de diferentes credos en actividades que ya desarrollaban en sus lugares de origen o bien que iniciaron aquí. Los armenios se destacaron, como aquellos, en la actividad comercial, sobre todo en el rubro textil, como importadores o fabricantes y en la venta minorista o mayorista, en particular en el barrio de Once, donde compitieron o bien se asociaron en el comercio o en la confección. También en la calle Libertad, la venta al público y los talleres de joyería los vincularon como socios o como competidores.

Otro ejemplo de cercanía y confianza fue la construcción de la Catedral Armenia San Gregorio el Iluminador, centro de la vida comunitaria armenia en Buenos Aires, que se concretó con un préstamo del Banco Sirio Libanés.

Finalmente, cabe destacar que los armenios y sus descendientes argentinos se transformaron desde su llegada al país hasta la actualidad en actores relevantes tanto en el ámbito económico y político como social y cultural. Ya como argentinos, se reconocen plenamente integrados desarrollando actividades en el mundo empresario, dentro de la industria textil (producción y venta de alfombras), indumentaria y del calzado, así como en la vida política, cultural y artística.



Los judíos sefardíes

Susana Brauner

Los judíos procedentes del antiguo Imperio otomano y del norte de África arribaron al país en diferentes oleadas migratorias, entre el último tercio del siglo XIX e inicios de los 70 del siglo XX. Son los judíos denominados sefardíes, es decir, descendientes de los expulsados de la península ibérica, o bien, miembros de las comunidades judías que se desarrollaron desde épocas milenarias en Medio Oriente y el norte de África y que recibieron la influencia cultural de los judíos ibéricos. Se estima que representan alrededor del 20 % de la población judía en la Argentina. De todos modos, los orígenes regionales y las lenguas maternas de este grupo fueron diversas. Los arabehablantes, que eran la mayoría, provenían de diferentes ciudades pero en particular de Damasco, Alepo y Beirut. Los de habla judeo-español, también numerosos, llegaron de distintas ciudades, entre otras, Esmirna, Rodas y Estambul. Y el sector más reducido, los oriundos de Tetuán y Tánger, tenían como lengua materna el español. Es decir que los judíos sefardíes en su conjunto podrían considerarse como un mosaico de corrientes judías diversas pero que al mismo tiempo, por ser sefardíes, se diferencian de la mayoría de los judíos de la Argentina –los *ashkenazíes*, cuyos ancestros provienen de Europa oriental y central–. Son sectores que demostraron portar una fuerte identidad religiosa y regional, que se organizaron de acuerdo a sus lugares de procedencia y/o su lengua y que se distribuyeron en sus propios barrios sosteniendo fuertes lazos regionales. Al mismo tiempo, establecieron entidades que habrían de cubrir sus propias necesidades religiosas, templos, escuelas, cementerios, sociedades de beneficencia y de recreación en forma independiente en Buenos Aires. Por otra parte, pequeños núcleos de sefardíes de diferentes orígenes y tradiciones se establecieron y organizaron en otros centros urbanos del interior del país. En este marco, la red asociativa fundada por los pioneros y otras entidades que se fueron constituyendo más adelante habrán de representar a las diferentes corrientes sefardíes frente a las principales asociaciones judías argentinas y ante los poderes públicos. Además, su fuerte sentido de pertenencia regional dio lugar también al establecimiento de redes comunes y de lazos de

solidaridad con sus coterráneos musulmanes y/o cristianos hasta mediados del siglo XX, tal como lo demuestran las publicaciones de avisos comerciales de las empresas judías y sefardíes más renombradas en el Diario Sirio Libanés o la participación de algunos de sus miembros como accionistas y clientes del mismo banco o como socios de la Cámara de Comercio Sirio-libanesa.

Más allá de sus similitudes y/o heterogeneidades, al igual que los otros migrantes provenientes del Imperio otomano de diferentes tradiciones y credos, fueron percibidos como parte de los “grupos exóticos” que no se ajustaban a los moldes de identidad esperados por las elites argentinas. Pero estas imágenes no parecen haber alterado su percepción sobre la Argentina como una tierra de promisión y un país hospitalario, donde podían forjarse un mejor futuro y gozar de libertad religiosa y cultural.

A nivel laboral, se insertaron como vendedores ambulantes, comerciantes minoristas y mayoristas, industriales o importadores de productos textiles. Si bien los marroquíes fueron los primeros en profesionalizarse, en general, habrán de preferir las actividades mercantiles a la educación para impulsar su movilidad social ascendente. Es decir que los judíos sefardíes transitaban modos de inserción económica y social semejantes a los procesos experimentados por la mayoría de los inmigrantes provenientes del antiguo Imperio otomano. En este contexto, los sefardíes y sus descendientes, vinculados mayoritariamente al comercio y la industria textil, se fueron incorporando en los estratos medios y medios altos de la sociedad. Sin embargo, también fueron diversificando sus actividades económicas tanto en el ámbito comercial e industrial como en el financiero y profesional. De todos modos, cabe destacar que sus descendientes argentinos se desempeñaron y se desempeñan también en otros campos, no necesariamente asociados a las actividades mercantiles o a las profesiones liberales clásicas, como por ejemplo en el campo político, artístico, científico, deportivo e intelectual.



AGRADECIMIENTOS

José Adjiman
Mohammad Akhlaq
Darío Albornoz
Marcela Alonso
José Alberto Asfoura
Liliana Asfoura
Sebastián Ashur Mas
Antonio Atenor
Virginia Ávila
Omar Ayub
Rafael Azerrad
Elias Azrak
Susana Babot
Norma Ben Altabef
Esther Benmaman
Orly Benzacar
María Eugenia Bestani
Malak Bitar
Hrair Boudjikianian
Nélida Boulgourdjian
Youdat Brahim
Paula Carrella
Carlos Marcelo Chain
Charbel Chain
Sarah Chaya
Adela Chedid
María Cherro de Azar
Roman Danon
Héctor Demirdjian
Miguel Ángel Demirdjian
Jorge Demirdjian
Florencia Demirjian
Khatchik Der Gougassian
Diana Dowek
María Ebekian
Gerhard Ehler
Karina El Azem
Claudia Epstein
Liliana Falu
Inés Fernández Harari
María Alejandra Flores

Ana Frangul
Camilo Gane
Javier Garat
Crisostomo Gassali
Daniel Gulayin
Fahmi Gulayin
Zakieh Gulayin
Halla Hallak
Mary Hallak
Mouna Hamdan
Roberto Harari
Mariel Huernos
Jodor Jalit
Raúl Jasale
Carlos Jeder
Neme Jorge
Lilian Jozami
Gladys Jozami
José Jozami
María Ester Jozami
José Alberto Kas Touma
Edgardo Kevorkian
Ivet Khouri
Ignacio Lafuente
Dalal Machatta
Gregorio Makantassis
Roberto Malkassian
Alejandro Mizrahi
Diana Mizrahi
Héctor Mohammed
Moisés Moljo Antebi
Walter Muller Moujier
Julio (Yusef) Mustafa
Alfonso Nassif
Natividad Nassif
Luisa Dora Noe de Ventura
Luis Priamo
Alegre Romano
Juana Sadir de Asfoura
Elías Sadur
Abraham Salame



AGRADECIMIENTOS

- Ibrahim Salameh
Joseph Saleme
Habel Sapag
Susana Sarraf
Carlos Scannapieco
Ángel Shmashendi
Dulce Suaya
Silvia Tchordonkian
Daniel Teruz
- María Rosa Uequin
Sabina Usuyan de Gulayit
José Luis Velázquez
Rosa Ventura
Daniel Younan
Adriana Younes
Yolanda Zafar
Isaac Zaharya

Instituciones

- Archivo General de la Nación
Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Casa Libanesa (Tucumán)
Centro Argentino de Investigación sobre la Inmigración Libanesa
Centro de investigación y difusión de la cultura sefardí
Club Sirio Libanes de Buenos Aires
Comunidad Judía de Rodas (Grecia)
Embajada de Grecia
Embajada del Líbano
Embajada del Reino de Marruecos
Fundación Consejo Nacional Armenio para los Derechos Humanos
Fundación Memoria del Genocidio Armenio
Iglesia Siriana Ortodoxa de Antioquia
Museo de Artes Plásticas “Eduardo Sívori”
Museo de la Ciudad (Buenos Aires)
Museo de la Universidad Nacional de Tucumán “Dr. Juan B. Terán”
Museo Nacional del Grabado
Sociedad Sirio Libanesa (Tucumán)
The Armenian Genocide Museum-Institute



UNTREF - UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO

RECTOR Aníbal Y. Jozami | VICERRECTOR Martín Kaufmann
SECRETARIO ACADÉMICO Carlos Mundt | SECRETARIO DE
INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO Pablo Jacovkis | SECRETARIO DE
EXTENSIÓN UNIVERSITARIA Y BIENESTAR ESTUDIANTIL Gabriel
Asprella | DIRECTORA DEPARTAMENTO ARTE Y CULTURA Diana B.
Wechsler

**MUNTREF MUSEOS DE LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DE TRES DE FEBRERO**

DIRECTOR Rector Aníbal Y. Jozami | DIRECTORA ARTÍSTICA Diana B.
Wechsler | CONTENIDOS MUSEO DE LA INMIGRACIÓN Marcelo
Huernos | COORDINACIÓN DE EXHIBICIONES Betina Carbonari |
EQUIPO DE PRODUCCIÓN Violeta Böhmer, Camila Carella y Julieta
Rosell | COORDINACIÓN TÉCNICA Blas Lamagni | CONSERVACIÓN
Centro de Investigación en Arte, Materia y Cultura IIAC-UNTREF |
COORDINACIÓN DEL ÁREA EDUCATIVA Paula Hrycyk |
COORDINACIÓN DE COMUNICACIÓN Marisa Rojas | PRENSA Claribel
Terré | COORDINACIÓN EDITORIAL Florencia Incarbone | DIRECCIÓN
DE DISEÑO EDITORIAL Y GRÁFICO Marina Rainis | DISEÑO GRÁFICO
Tamara Ferechian, Julieta Golluscio, Cristina Torres y Valeria Torres |
CORRECCIÓN José Loschi | FOTOS UNTREF Media |
PRODUCCIÓN GRÁFICA Marcelo y Dante Tealdi | ARQUITECTURA
Gonzalo Garay

**MUNTREF MUSEO DE LA INMIGRACIÓN Y CENTRO DE ARTE
CONTEMPORÁNEO. SEDE HOTEL DE INMIGRANTES**

COORDINACIÓN LOGÍSTICA Laura La Rocca | ASISTENTE Bautista
Blanco | EDUCACIÓN Yanina Sgro y equipo de becarios estudiantes |
MANTENIMIENTO Y MONTAJE Carlos Moreira y Fernando Tamula

DEL MEDITERRÁNEO ORIENTAL AL PLATA

INVESTIGACIÓN Y CURADURÍA Marcelo Huernos | ASESORAMIENTO
ACADÉMICO (AD HONOREM) Gladys Jozami | DISEÑO DE MONTAJE
Leandro Sánchez y Camila Suarez Videla | DISEÑO GRÁFICO Leandro
Sánchez, Camila Suarez Videla y Manuela Ponce a partir de tramas
de Karina El Azem